

PRÓLOGO

DONDE.COMIENZAN.LAS.CENIZAS

El murmullo constante de las máquinas y el zumbido sordo de las pantallas es lo único que queda en la sala tras horas de trabajo ininterrumpido. Emma se recuesta en la silla, estira los brazos por encima de la cabeza y suelta un suspiro que lleva dentro más agotamiento que alivio. La luz fría de las pantallas ilumina su rostro con una palidez distante, pero en sus ojos hay una chispa que no se ve a menudo.

—Lo logramos. —La voz de Lawson rompe el silencio con suavidad, como si temiera despertarlo. Suena sereno, casi satisfecho, pero lleva en el fondo un dejo de incredulidad. Semanas sin descanso, jornadas sin luz natural. Y al fin, los perfiles han sido completados y validados.

Emma sonríe. Una sonrisa mínima, privada, apenas un gesto. Nunca ha sido de celebraciones ruidosas. Para ella, la perfección silenciosa es una forma de victoria.

—Sí —afirma, dejando que el silencio hable durante unos segundos—. —Las decisiones que hemos tomado han resultado más complejas de lo esperado... pero el resultado está ahí: limpio y preciso.

Lawson la observa. Hay algo en Emma que nunca termina de revelarse. Una especie de capa sellada bajo su precisión quirúrgica en cada decisión.

Pero ahora, aunque sea por un instante, algo se filtra. Y él lo reconoce. Comparten ese momento: el alivio del deber cumplido.

—Eso es. Lo tenemos. —Se recuesta también, sin quitar los ojos de las pantallas—. Solo queda organizarlo todo y remitirlo a la compañía. Un repaso final y listo.

Emma asiente con el mismo gesto medido de siempre. Todo está en su sitio. Cada perfil, cada dato, cada línea. Como engranajes de un mecanismo perfectamente calibrado.

Pero justo cuando la sala comienza a empaparse de esa calma espesa del trabajo terminado, un leve sonido interrumpe la paz: el susurro eléctrico de una puerta deslizándose. Suena como una hoja que corta la quietud. Emma y Lawson se miran de inmediato. No hay palabras, solo una punzada muda de intuición.

Pero algo no encaja.

La figura aparece en el umbral. Avanza sin prisa, como si su presencia no admitiera interrupción. Su silueta se recorta contra la penumbra del pasillo con una nitidez casi ceremonial. No hay ruido en su andar. Solo control.

Camina con la seguridad de quien ya es dueño de la sala.

La forma en que se mueve es tan medida, tan fluida, que resulta casi inhumana. No parece habitar su cuerpo, sino dirigirlo a distancia, como una marioneta operada con manos invisibles.

Las gafas negras que lleva devuelven el reflejo helado del techo. No hay emoción en esa superficie opaca. Ni empatía. Ni fatiga. Solo el brillo metálico de algo que observa y evalúa... sin decidir aún si va a hablar o atacar.

A su lado, dos agentes armados se desplazan, inseparables, como sombras adheridas.

Su avance es fluido, casi mecánico.

No hay palabras. Solo presencia.

El hombre da un paso más. El leve crujido de su calzado sobre el suelo retumba en la sala como un tambor lejano. No camina. Marca el ritmo.

Y la voz.

No necesita elevarla. No necesita adornarla.

—Buenas noches, señorita Emma. Señor Lawson. —La voz es baja, envolvente y, sin embargo, cortante como una hoja afilada. No habla: dicta. Y en su tono hay una música oscura, milimétrica, como si cada sílaba hubiera sido ensayada hasta alcanzar la precisión de un disparo—. Los perfiles figuran como finalizados. Vengo a recoger los informes... y las instrucciones de distribución.

Emma se pone de pie de golpe. Su cuerpo proyecta firmeza. Pero sus ojos... no.

—¿Quién es usted? —espeta, clavando la mirada en el intruso como si pudiera detenerlo con pura voluntad. Su tono es firme, incluso desafiante, pero entre las palabras se cuela algo. Una vibración. Una grieta—. Este proyecto está bajo la supervisión directa del señor Reynolds. Nadie externo tiene acceso sin su autorización expresa.

El hombre no responde.

Simplemente la observa. Y en esa quietud hay algo más perturbador que cualquier amenaza.

No parece decidir. Parece esperar.

Lawson se incorpora. Se coloca junto a Emma, hombro con hombro. Un gesto que intenta levantar una barricada invisible.

—Exactamente —dice con una gravedad ensayada—. Esta información es confidencial. Agradeceríamos que se identificara... y que explicase qué hace aquí.

Nada.

El hombre avanza hacia la mesa.

Cada paso suena más fuerte que el anterior. Y, sin embargo, no hay prisa en su avance.

Se detiene ante los informes. No los toca. Los observa. No necesita leerlos.

Levanta la vista.

Y habla.

—Digamos que el señor Reynolds... —comienza, con cierta delicadeza— ya no ocupa ese puesto. Su situación ha sido... resuelta.

Una pausa.

Luego, con esa cadencia que convierte cada palabra en un hilo que tira del subconsciente de quien escucha, continúa hablando.

—En ciertas etapas de un proyecto, es necesario llevar a cabo ciertos ajustes... precisos, finales. En ocasiones... personales.

Sus palabras no aterrizan. Flotan. Se quedan suspendidas en el aire como un humo que no se disipa, como un acertijo que no quiere ser resuelto. Lo que dice es tan importante como lo que omite, dejando tras de sí más sombras que certezas.

Sonríe.

Una línea apenas perceptible se dibuja en sus labios, pero no hay calidez en ella. No es una sonrisa humana. Es una mueca estructural, una curvatura que no suaviza: tensa.

—A veces —continúa, compartiendo una verdad que parece demasiado compleja para que otros la comprendan—, la gestión no basta. Hace falta algo más. Un cambio de enfoque. Una corrección de rumbo... para que las piezas encajen como deben.

Lo que dice no debería ser tranquilizador. Pero lo dice con una calma tan perfecta que resulta más perturbador que cualquier amenaza abierta. Cada palabra suya es una hebra más en el tapiz del desconcierto. Y la sala, antes solo silenciosa, ahora parece sumida en un letargo denso, con el tiempo mismo replegado a observar.

Emma tensa la mandíbula y frunce el ceño. Las palabras del hombre aún resuenan en su cabeza, pero lo que la irrita no es tanto el contenido como el tono: una serenidad forzada, casi condescendiente. Hay algo calculado en su forma de hablar; no busca claridad, sino dominación. Y lo logra. Descoloca. Sus dedos, inquietos, recorren el borde de la mesa, buscando sujeción en medio de una tormenta invisible. Necesita entender qué acaba de oír, pero las piezas no encajan.

—¿Llevar a cabo ciertos ajustes precisos? ¿Finales? —repite, con un tono que sugiere que el término le resulta ofensivo—. ¿En ocasiones personales? ¿Qué quiere decir exactamente con eso? Explíquese.

La pregunta sale más firme de lo que esperaba. Hay convicción en su voz, pero también una brizna de duda, apenas perceptible, que delata su desconcierto.

—No me queda más remedio que informar a nuestros superiores sobre esta... intervención —añade, con un tono controlado, como si estuviera calibrando las consecuencias. No es solo una declaración: es un desafío.

El hombre retrocede un paso. Apenas un movimiento. Levanta la mano en un gesto minúsculo, casi casual. Pero es suficiente.

Los agentes a su espalda responden al instante. Sin palabras, sin miradas.

—Está en su derecho de comunicar lo que considere necesario —dice él con una voz neutra, inmutable—. Pero los procedimientos no pueden ser interrumpidos.

Los agentes avanzan. No corren, no dudan. Sus movimientos tienen la elegancia impersonal de una máquina bien calibrada. Uno conecta un dispositivo al terminal de Emma con una fluidez inquietante;

el otro despliega un pequeño módulo sobre la mesa, que comienza a emitir un zumbido apenas audible. Los cables se insertan sin fricción.

No hay errores. No hay pausas.

Los archivos desaparecen de la pantalla con una rapidez alarmante.

Se copian, se borran, se replican y se esfuman. Nunca han existido.

Los documentos físicos se recogen con la misma frialdad.

No hay urgencia ni torpeza. Solo rutina.

Una rutina que, por su misma perfección, resulta profundamente perturbadora.

Él observa todo desde la quietud. No se mueve. No interviene. Sus ojos, ocultos tras las gafas negras, siguen cada gesto con la atención de un entomólogo estudiando el comportamiento de una especie inferior. Su cuerpo parece relajado, pero hay algo tenso en su inmovilidad.

Cuando todo termina, uno de los agentes le entrega el módulo. Él lo toma sin ceremonias, sin mirar siquiera.

—Agradezco su colaboración —dice. No hay rastro de burla ni de sinceridad. Solo vacío. Palabras dichas por compromiso. O por protocolo. O quizás por costumbre.

Emma no responde. No puede. La impotencia es una corriente eléctrica en sus músculos. Y, al mismo tiempo, una idea empieza a formarse en su mente, oscura y persistente: esto no ha sido una intervención. Ha sido una ejecución silenciosa. Un mensaje cifrado.

Y está claro para quién era.

Se vuelve hacia la puerta. Al instante, los agentes levantan sus armas al unísono, sin mediar palabra. El movimiento es tan exacto que parece el reflejo de un solo cuerpo repartido en varios.

Su figura se recorta contra la luz: alta, recta, casi antinatural en su porte.

La sombra que proyecta se desliza como una garra sobre el suelo de mármol pulido.

Emma se congela. Sus pupilas se dilatan y su respiración se corta de golpe, una respuesta instintiva de su cuerpo, que percibe la amenaza antes que su mente. Lawson, incapaz de procesar lo que ocurre, alza una mano con torpeza, intentando crear una barrera simbólica entre él y el cañón de un arma.

—¿Qué...? —alcanza a decir, pero su voz se pierde.

El tiempo se detiene.

Un segundo.

Dos.

El hombre habla.

—Ya no hay vuelta atrás.

No alza la voz. No lo necesita. La frase cae como una lápida sellando un ataúd, y su eco, más que resonar, se clava.

Lawson parpadea, perplejo, incapaz de creer lo que ha oído.

Emma, en cambio, se queda inmóvil, helada.

Su rostro se tensa con una comprensión súbita.

Algo sagrado acaba de romperse.

Y entonces ocurre.

Los agentes se mueven a la vez. Aquellas palabras son la orden preestablecida, la señal dormida en sus cerebros, esperando el momento exacto. No intercambian miradas. No dudan. Giran, tensan los músculos, alzan las armas, piezas de una maquinaria despiadada activada por una sola voz.

Los agentes se mueven a la vez. Aquellas palabras son la orden preestablecida, la señal dormida en sus cerebros, esperando el momento exacto. No intercambian miradas. No dudan. Giran, tensan los músculos, alzan las armas, piezas de una maquinaria despiadada activada por una sola voz.

Disparos.

Uno.

Después otro.

Y otro más.

Sin pausa. La ráfaga continúa.

El estruendo llena la sala con una explosión de metal y furia. Las balas surcan el aire con un silbido seco, brutal, tan veloz que el oído apenas las detecta antes del impacto.

Emma cae primero. No llega a gritar. Su cuerpo se desploma con la torpeza de un títere al que han cortado los hilos. Una mancha oscura se extiende bajo ella con una urgencia muda, y sus dedos, temblorosos, apenas rozan los papeles esparcidos por el suelo. Su rostro queda congelado en una mueca de incredulidad, los ojos abiertos, buscando respuestas en un mundo que ya no las tiene.

Lawson recibe la siguiente ráfaga sin haber terminado de darse la vuelta.

Su cuerpo se sacude con violencia, arrancado del tiempo, y cae de espaldas.

El golpe seco al tocar el suelo parece sellar su destino. La sangre se escurre por debajo de él en un patrón irregular, como un mapa sin coordenadas, una geografía absurda que solo indica un destino: el final.

Los agentes no esperan órdenes. Se dispersan, revisando cada rincón, asegurándose de que todo quede limpio, controlado, aséptico. Son sombras entrenadas para eliminar el ruido del mundo. Y lo hacen bien.

El hombre permanece junto al umbral, inmutable. Como una estatua. En su rostro no hay satisfacción, ni rastro de crueldad. Tampoco remordimiento. Solo esa calma glacial de quien ya ha hecho esto antes, demasiadas veces, y ha aprendido que el horror no se grita: se administra.

Cuando cesa el fuego, el silencio se impone. Lo único que queda es el zumbido monótono del sistema de ventilación y el crujido suave de los papeles bajo las suelas de los agentes.

El hombre da un paso adelante, provocando que su sombra se proyecte sobre el cuerpo inerte de Lawson.

—Ajustes personales —dice con una voz tan templada que parece venir desde otra habitación—. Sin excepciones.

La frase queda flotando en el aire, suspendida como una nota final: desafinada y perfecta al mismo tiempo.

Se gira hacia la puerta. Sin mirar los cuerpos. Sin mirar atrás.

Los agentes lo observan en silencio. Nadie da una orden. Nadie la necesita.

Se giran a la vez.

Lo siguen sin apresurarse, deslizándose como sombras disciplinadas.

La puerta se cierra tras ellos con un clic apenas audible, sellando la escena con una precisión quirúrgica.

El silencio que sigue no es simple ausencia de sonido, sino algo más profundo. Es un velo espeso que cae sobre los cuerpos, una quietud que no consuela. El aire, antes desgarrado por el estruendo, queda suspendido, atrapado en un letargo fantasmal. Nada se mueve... salvo una carpeta que, demasiado cerca del borde de la mesa, cede finalmente a la gravedad.

Se desliza despacio; el tiempo se estira.

Al caer, sus tapas se abren apenas a medio camino, dejando entrever lo que guardan.

Jose Antonio Pozo

El golpe contra el suelo es discreto, casi respetuoso. Los documentos se esparcen con torpeza, desordenados, como hojas arrancadas de un árbol ya muerto. Entre todos ellos, uno destaca. No es el primero en caer, ni el más vistoso, pero parece saber exactamente dónde debe terminar.

El papel se detiene cerca de la mano inerte de Lawson. La sangre comienza a teñirlo, devorando lentamente las palabras. La tinta se dispersa, transformándose en un rojo profundo que mancha y arrastra.

Solo una palabra permanece intacta, en el centro del documento.

Limpia. Nítida.

Nada más queda.

SER.